

»precauciones. París vencerá, ó si sucumbe, ahogará los vencedores en una catástrofe horrorosa.»

En efecto, un coronel, Parent, manda que se pegue fuego á la Bolsa; y Ferré que se incendie el ministerio de Hacienda. Siniestro personaje este Ferré. Aparece por vez primera sobre la tumba de Baudin, y no toma á la verdad ejemplos y enseñanzas en la vida del mártir, sino en la vida de sus verdugos. Allí lanzó á los aires la frase que compendia su educación y revelaba bien á las claras los sangrientos remedos de los revolucionarios, cuyos errores copiaron los comunistas, cuyas grandezas y cuyo patriotismo desconocieron, esta terrible frase: «la Convención á las Tullerías y la razón á la Catedral.» Luego, en cuanto vino la República, entró en la policía. Y en cuanto se proclamó la Comunidad, ascendió á delegado general en París. Las prisiones más injustas, los encarcelamientos más duros, los martirios más atroces infligidos á las diversas víctimas de la Comunidad, el fusilamiento de los rehenes, y el incendio, así del ministerio de Hacienda, como de la Prefectura de policía, se unen á la vida de este joven, quien teniendo veintinueve años, después de haber predicado libertad y democracia, llega en las páginas de su historia y en los rasgos de su rostro á confundirse con los tiranos de la romana decadencia. Indudablemente la idea del incendio vagaba por todas aquellas almas. En el primer sitio habían dicho tal intento muchas veces los jefes del pueblo, y habíanlo acariciado las muchedumbres en delirio. Antes Moscow que Sedan, gritaban á una todos los parisienses. La paz vergonzosa de Burdeos, la política incierta de Versalles, inspiraron la proclamación de una Comunidad revolucionaria como último asilo de la moribunda República; y en estas supremas angustias, renació contra la monarquía, que en sentir de aquel pueblo los versalleses llevaban guardada en sus furgones, la idea de inmolar á París antes que verlo sometido de nuevo al yugo fatal del antiguo despotismo, en la mancebía de los reyes. Las ideas más extrañas toman cuerpo en las épocas revolucionarias. Luego perdidas las tres líneas de defensa; dispersas tantas fuerzas que no podían combatir bajo una sola mano ni obedecer á una sola consigna; entregadas las resistencias á la espontaneidad de una población anónima, irresponsable, armada de todas armas, poseedora de innumerables materias combustibles, exaltada hasta la locura, creída de que su derrota equivalía á su muerte y á la esclavitud de sus hijos, odiando más á los monárquicos que á los extranjeros, parecía, si no natural, verosímil, que idearan para atajar el paso á los invasores oponerles nada menos que un muro de llamas, como aquellos desesperados de las tiempos de fe que llamaban delirantes y enloquecidos en su auxilio las iras del infierno. Los comuneros de nuestro tiempo sólo tienen que recordar incendios. Describamos, según los relatos de un testigo ocular, para horror eterno de todas las generaciones, los precedentes del incendio de las Tullerías. El veinticinco de Mayo, aquel general Bergeret, célebre por sus derrotas, como Napoleón por sus victorias, se trasladó á las Tullerías desde el Cuerpo Legislativo, en cuya

escalinata pudo erguirse y ver ya avanzando sobre el centro de Paris las tropas de Versalles. El estado mayor le seguía y en el estado mayor resaltaba su ayudante inmediato de órdenes por la exaltación y por la furia. El martes las granadas despedidas del Arco del Triunfo comenzaban á caer sobre los lados del palacio de los reyes. A las cinco de la tarde Bergeret reunió todo su estado mayor, todos sus oficiales de guardias y les comunicó la idea de hacer saltar en pedazos el monumento, templo y santuario de la vieja monarquía. A ninguno se le ocurrió pedir respeto al arte, invocar la religión de lo pasado, oponer á esa rabia de destrucción la necesidad que tienen las generaciones de dilatar su vida en lo pretérito por el recuerdo como en lo porvenir por la esperanza. A ninguno se le ocurrió recordar que si los reyes habían errado bajo aquellas bóvedas, también los convencionales, cuyas sombras lo llenan todo en la moderna historia de Francia. Así que propuso la quema el general, aclamáronla todos á una con júbilo, y todos pusieron mano en la nefasta obra de facilitarla. Unos trasportaban los materiales, otros reunían las materias combustibles; rociaban éstos de petróleo las paredes, y aquéllos esparcían por los suelos de mármol y por las anchas escaleras los regueros de pólvora. Un inmenso barril fué colocado bajo el pabellón del reloj, y las salas henchidas de municiones de artillería y de proyectiles explosibles. Cuando ya todo estaba terminado, las cuevas con los barriles, los escalones con la pólvora, las salas con los cartuchos y granadas; empapadísimas las paredes de petróleo, prontas las mechas, los incendiarios se fueron á cenar tranquilamente, aunque había sido aquel un día de matanza y se preparaba también á ser aquella noche una noche de horror. A las dos de la mañana una especie de cañonazo colosal, de explosión increíble, hizo vacilar sobre sus cimientos todas las casas circunvecinas al palacio, que parecían buques balanceándose al choque de la tormenta. Los comuneros apostados en las diversas guardias se asustaron y corrieron donde estaba el general, preguntándole qué sucedía. «Nada, respondió, las Tullerías que saltan y arden.» En efecto, las llamas subían á los cielos; inmensas columnas de blanco humo las coronaban allá en lo infinito, como un volcán boca abajo; abriáanse unas piedras y saltaban otras á la explosión de las grandes cantidades de pólvora; las maderas se trocaban bien pronto en brasas gigantescas y se desprendían, rompiéndose en chispas colosales, como sobre un inmenso yunque; los pisos, las bóvedas, las torres, las linternas se desplomaban con tal ruido, que cada una de ellas al caer semejaba levantar á los aires tempestuosa y tonante tromba; el calor era inmenso, indescriptible, como si innumerables fraguas se aglomerasen allí en un solo punto, como si cien cráteres abrieran sus gigantescos encendidos abismos por todas partes; y el humo espeso y el hedor insoportable asfixiaban en tales términos á las gentes, que parecía el incendio horno ciclópeo ó gigantesca hoguera apercebida para consumir en horas el cuerpo entero de la capital de Europa, próxima á convertirse en montes de encendidos carbones y á disiparse en huracanes de caldeadas cenizas. ¡Qué espectáculo á los pocos días pre-

sentaba el santuario de la secular monarquía! De las estancias maravillosas, donde estaba el lecho de las reinas y la cuna de los delfines, ni sombra; del teatro, al cual asistieran tantas veces los soberanos de Europa, ni ruinas; del salón de las fiestas sólo el desierto espacio; consumidos los cuadros que retrataban la gloria ó el orgullo y hecho polvo los bustos; los grandes frescos desvanecidos y transformados en negro hollín; las altas bóvedas amontonadas en el pavimento calcinado; algún nombre de antiguas victorias entre escombros de recientes derrotas; alguna estatua salvada de aquel naufragio, pero aunque de pie acribilada y herida; en los cuerpos bajos la escalera erguida como invitando á subir á lo vacío; y en las alturas el reloj casi al aire, parado, señalando por una especie de capricho del acaso la hora fatídica de aquella inenarrable catástrofe.

Además del terror que producía aquel incendio, todo el mundo temblaba por el cercano Louvre. Dejando aparte sus bellezas arquitectónicas, que recuerdan, sobre todo en la fachada fronteriza al agua, una de las más brillantes épocas del arte francés, soberanamente influido por el arte italiano, contienen sus salones innumerables obras artísticas, honra del trabajo, ornato de la corona de glorias que dan al género humano resplandores de divino. Allí las inscripciones de Babilonia y de Nínive; allí las esfinges de Tebas, en cuyas frentes resplandecen todavía los dogmas hieráticos del antiguo Oriente; allí las momias encontradas en las ciudades funerarias del Egipto. Junto al museo Campana, rico en utensilios romanos, que nos presentan de relieve la cultura inmediatamente anterior á nuestra cultura moderna, el museo donde brillan aquellas lozas, aquellos platos del artista inspirado, del sublime alfarero que consumía en el horno su propia fortuna con la fortuna de sus hijos, y encontraba los primeros indicios de la Geología, de esa ciencia que ha recompuesto el planeta. Abajo, en las galerías inferiores, las estatuas griegas, los modelos del perfecto arte clásico, y arriba ejemplares de los varios períodos [de la pintura, desde los primeros cuadros de Cimabué, que aun llevan el reflejo del espíritu bizantino en sus estrechas frentes, hasta las vírgenes de Rafael, en cuya sonrisa se han juntado el espíritu con la naturaleza. Y pensar que una llama podía en breves momentos devorar todos estos títulos de la nobleza de nuestra especie, todas estas místicas escalas levantadas por nuestro espíritu en la sucesión de los siglos para tocar el ideal. Las llamas habían devorado la Biblioteca y penetraban ya por las galerías, cuando el celo de los empleados en el interior, y la presencia de las tropas en la calle, pudo cortar el incendio. El incendio se propagó en aquellos días de manera espantable. Aunque no ardió el museo, ardió la Biblioteca del Louvre, y en ella se consumieron ciento sesenta mil volúmenes, preciados tesoros de la ciencia. Poco después que al Louvre devoraban las llamas al Palacio Real, residencia un día de los Reyes, hogar más tarde de esa rama de segundones, los príncipes de Orleans, que atizaron todo desorden, para obtener del empuje de las revoluciones el trono que les negaran los caprichos de la herencia. Dividido en palacio, tea-

tro y bazar más rico éste en tiendas que muchas poblaciones de primer orden, costó trabajo á sus pacíficos vecinos impedir la propagación de los estragos desde la vivienda de los Reyes á las viviendas del arte y del comercio. A la derecha del Sena elevaban sus llamas á la inmensidad, el ministerio de Hacienda encendido por los cuatro costados; varios edificios de la uniforme y larga calle de Rivoli; toda la calle Real, cuyo pavimento se asemejaba á un río de plomo derretido, cuyas paredes á muros de gigantescas brasas, de las cuales se alzaban continuamente inmensas llamaradas. Allí, por los extremos, Belleville parecía próximo á desaparecer, y los graneros á la abundancia daban largamente con sus infinitas materias combustibles pábulo al incendio. Más abajo las estaciones de los caminos de hierro cercanas á la plaza de la Bastilla, humeaban cual si fueran montañas de pez y brea. Hasta el seno de las aguas se intentaba llevar el destructor elemento á su contrario, y puestas en línea una multitud de barcas cargadas de pólvora y petróleo, no ardió porque la primera de todas despidió una espesa nube de humo tan negra, tan sólida que se asfixiaron en sus lóbregos senos muchos incendiarios.

Al otro lado del río flameaban principalmente el Hotel de la legión de Honor, la calle de Lila, y el Palacio de Justicia. ¡Con qué ávidos ojos miraban los amantes del arte elevarse entre el volcán como una mariposa entre las llamas, ó como un arca de Noé entre mares de fuego, el incomparable monumento anejo á este palacio, la Santa Capilla, radiosa aparición del siglo décimo-tercio, con sus agudas ojivas y sus recamados rosetones, con frescos primitivos y sus cristales, del brillo de los diamantes y de la riqueza que en matices tiene el iris; con sus agudas flechas pedidas en la inmensidad, cual esas almas místicas desligadas de nuestro bajo mundo; con su majestad y su gracia que hacen de esas joyas del arte gótico una lámpara colgada del cielo por los ángeles católicos para iluminar á la tierra! Salvóse milagrosamente. Bien es verdad que también se salvó milagrosamente la Iglesia de Nuestra Señora, en cuyos muros está escrita la historia de Francia como en las gigantescas petrificaciones geológicas la historia del planeta. Cuando entraron los practicantes del vecino hospital, sus verdaderos salvadores, humo espesísimo llenaba todos los espacios, hedor á petróleo todo el aire, rosetones de los altos muros comenzaban á desprenderse calcinados, ardían materias combustibles al pie del altar mayor, y las sillas en montón desde el pavimento al órgano fermado de viejas maderas, componían tal cúmulo de combustibles que hubieran reducido en cenizas á pocos minutos el venerable monumento. Y lo mismo sucedió al Panteón. Solamente la llegada del ejército pudo impedir que á tierra se viniese aquella obra donde brilla el espíritu de ese siglo pasado que á todos á redimido y donde Francia espera aún reunir á los hijos ilustres dignos de dormir en el mausoleo de todas las grandezas el divino sueño de la gloria. Comprendo, sin justificarlo jamás, que los comuneros hayan quemado estos edificios en su odio á la monarquía y á la Iglesia. Comprendo que la defensa les llevase hasta reducir

á cenizas, por ejemplo, el teatro lírico y el teatro de la Puerta de San Martín. Comprendo todo eso fácil, muy fácilmente. Pero jamás he comprendido cómo desarraigaron de aquel suelo sagrado de la Plaza de la Greve el monumento por excelencia de los pueblos, la Casa de la Ciudad; testigo de los combates y de las glorias de la democracia francesa. Todavía los retraimientos del trabajador, su apelación al Aventino de la huelga, se llama hoy en la clara lengua parisién *greve*, como para indicar que ese sitio es el núcleo de la vida y la libertad de los siervos. Los primeros navegantes del Sena se congregaron por esos espacios. Los prebostes de los mercaderes, que opusieron á la soberbia del Rey, á la soberbia del noble y á la soberbia del clero, los derechos y votos de los pueblos, ahí tronaban. De esos salones salieron, como de las grutas de Eolo el huracán, las ideas que encrespaban las guerras de la Fronda, y que esparcieron tantos gérmenes republicanos en la antigua capital de Europa. Ahí puso París el lazo tricolor en el hojal de Luis XVI, que fué como vestir á la monarquía con los sayales de sus siervos, humillándola más que en el cadalso. De ahí se partieron los que, al tomar y destruir la Bastilla, tomaron y destruyeron la antigua sociedad. Su campana fué la primera en lanzar el clamor de rebato contra los Reyes, la noche del diez de Agosto, noche creadora en el génesis de los pueblos. La omnipotencia de Robespierre y de la Junta de Salvación Pública, que llegó hasta vencer á todos los reaccionarios de Europa, encontró en la Casa de la Ciudad su origen y su fuerza. En ella habitó la antigua comunidad que remedaban los nuevos comuneros. Sobre el rellano de su gran escalera, proclamó Lafayette el definitivo destronamiento de los Borbones, Ledru Rollín la República de Febrero. Y si ahí Lamartine contuvo con la magia de su palabra el oleaje de la demagogia, ahí también se juntaron los que destruyeron el faraónico Imperio de los Bonapartes, y asentaron sobre la monárquica tierra de Francia los sólidos fundamentos de duradera República. ¡Ah! comuneros, si no sentís amor al arte; respeto por esa arquitectura del Renacimiento, en la cual floreció el espíritu humano; si no queréis perdonar las columnas estriadas, los chapiteles corintios, los ángeles y los genios esculpidos en las ventanas, los mármoles de esas maravillosas estancias, los frescos de Ingres que parecen los últimos apagados rayos del sol de Grecia dando en la espaciosa frente del género humano, la apoteosis que del trabajo y de sus luchas trazara en la galería de las fiestas el pincel de Lehmann; si tantas grandezas no conmueven vuestros empedernidos corazones, perdonad á lo menos esas estatuas de la fachada, efigies de los hombres mayores que ha engendrado París; perdonad á Condorcet, que ha llevado á la conciencia de este siglo la idea del progreso; á Moliere que es vuestro, hijo del pueblo como vosotros, artista y artesano, timbre inmortal por autor y por actor de la plebe; á Levoissier, que ha fundado la química moderna, de cuyos milagros tanto podéis esperar para vuestros hijos; á Turgot, que levantó al poder la reforma para evitar la revolución; al abate L'Epee, que, como Cristo, hizo oír á los sordos, hablar

á los mudos, ver á los ciegos; á Juan Goujon, que con su cincel ha derramado todo el calor del genio italiano por las venas de Francia; á Ambrosio Pare, el gran cirujano; á Voltaire, el que os ha abierto el cielo del pensamiento matando á carcajadas las esfinges puestas á sus puertas para impedir el paso; á todos esos héroes del espíritu, genios del trabajo, cuyas ideas y cuyos esfuerzos han fundido todas las cadenas, transformando á los antiguos siervos en los nuevos ciudadanos de la ciudad eterna del derecho. Pero nada han perdonado; ya sólo quedan paredes ennegrecidas, pabellones á medio destruir, que casi se balancean al viento como los árboles; montones de hacinados escombros cubiertos de cenizas y de hollín; estatuas mutiladas sobre el rescoldo extinto; el esqueleto del monumento, como un fósil gigantesco; y para mayor tristeza, y como en són de burla, erguidas sobre la universal destrucción, las enhiestas chimeneas.

¿Cómo se habían producido aquellos incendios? Imposible reducir este punto á la exactitud matemática de verdadera reseña histórica. Pasada la batalla se hallaron en muchos edificios barricas de petróleo, materias explosibles, hacinados los elementos del incendio. Los habitantes que en París quedaron, cuentan haber visto discurrir aquellos días por las calles de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, hasta por delante de las tropas, mujeres haraposas, tostadas, deformes como las brujas de las leyendas, llevando regaderas de petróleo para verterlo por todos los respiraderos, que luego encendían con fósforos, método infernal, bastante á destruir las más sólidas viviendas. Pero el doctor Razoua y el libelista Vessiner dudan de la existencia de las petroleras y atribuyen las catástrofes, y los estragos del incendio á las bombas de Versalles. No es fácil prever lo que pueda dar de sí una ciudad de dos millones de habitantes en esos días de revolución. Salen, al calor de los ánimos, á la alta temperatura social, seres que luego no volvéis á ver, como si sólo pudieran vivir en aquel clima artificial, bajo aquella encendida atmósfera. Así, no es de extrañar que la mujer, la musa de todas las inspiraciones, el objeto de todos los amores, la casta esposa de nuestro espíritu, la madre fecunda del humano linaje, se convierta, sumida en las tinieblas, atenaceada por el hambre, exaltadísima en el ardor de los combates, enloquecida por los discursos de los clubs, á la hora apocalíptica del instante supremo, en la furia sangrienta que pasó por la ciudad en armas la antorcha devastadora del incendio. El pudor es una de las primeras virtudes de la mujer, y se vió á varias dormir al aire libre, sobre los colchones de las barricadas, en brazos de sus amantes: que á tales excesos llegan los tétricos días de las demencias sociales, días de sin igual horror. Mientras los soldados avanzan con el odio y la muerte en el alma, los insurrectos erigen sus formidables barricadas; mientras una parte de París, libre de todo terror, se regocija, otra parte de París, agoniza y muere. Forman como las sinfonías más infernales y los cuadros más siniestros, el gritar de unos y otros en su ira; el avance y la resistencia; las voces imperiosas de mando y el estridor de las piquetas; el largo agrío trueno de las des-